

EL ACTUAR Y EL SER

Marcel Légaut. Julio de 1961 ⁽¹⁾

1) Nuestras motivaciones profundas

Imagino un hombre que ya está saliendo del estado gregario, es decir que no es el reflejo exacto de su entorno y tiene relaciones personales que no son únicamente consecuencia inmediata y reflejo del medio en el que vive. Salir del estado gregario consiste en reaccionar ante el propio medio como consecuencia de una evolución interna y, por tanto, no tener ipso facto las opiniones del ambiente en el que uno se encuentra. Poca gente sale completamente del estado gregario. Algunos adultos continúan siendo gregarios y no lo saben. Porque han cambiado de medio no piensan quizás lo mismo que al principio pero están en otro ambiente y repiten lo propio de dicho ambiente aunque ellos creen que lo que dicen surge de ellos. Cualquier niño es el reflejo exacto de su medio al principio. Cuando comienza a madurar, pone en tela de juicio su entorno para encontrarse y para afirmarse. Sin embargo, actuar en contra de lo que se piensa alrededor aún es una forma de ser gregario.

a) Somos por encima de lo que podemos saber de nosotros

Para comprender bien lo que es un ser que ha sobrepasado el estado gregario, no basta con pedirle explicaciones sobre lo que quiere hacer, lo que piensa hacer, lo que hace y las razones por las que lo hace. Todo esto, por auténtico que sea, se queda, a pesar de todo, en la superficie de su ser. Las inclina-

⁽¹⁾ Ver: *Tópos des Granges de Lèsches (1958-61)*, Edición de X. Huot, ACML, sin fecha, p. 187-195. Traducción: María Ortega.

ciones profundas, secretas que le hacen actuar en determinada dirección, que le hacen pensar de determinada manera, están más allá de las razones que él mismo puede dar de sí. Dicho de otro modo, los elementos racionales de nuestra vida, de nuestro comportamiento no agotan en absoluto los motivos secretos, profundos, que nos animan. Somos más parecidos por las razones que podemos formular de nuestra existencia que por los motivos secretos y profundos que están en el corazón de cada uno y en el origen de nuestras decisiones, aspiraciones e incluso razonamientos. Lo que nos singulariza, lo que es más valioso nuestro no es tanto lo que podemos decir ni nuestra conciencia de lo que somos sino lo que nos constituye incluso más allá de lo que podemos saber de nosotros mismos.

b) Nuestras opciones profundas nos singularizan en el plano espiritual

Desde el punto de vista intelectual, sería extremadamente interesante descubrir nuestras opciones profundas de cara a ahondar el sentimiento religioso. Hablo de opciones y no de “elecciones” pues una elección supone un cierto grado de racionalidad, de haber dudado entre el por y el contra, de haber sopesado las razones a favor y en contra. Posteriormente, por una progresión de la conciencia, podemos transformar la opción en elección porque entonces ya podemos dar razones. Pero la opción ha sido primera y lo ha sido porque se ha constituido sin que lo sepamos. Por eso tiene un efecto tan profundo en nuestra conducta, en nuestras aspiraciones, en nuestro ideal, en nuestra vida, en nuestra historia. Así pues, la opción puede llegar a ser una elección; y quizás en gran medida, el progreso en conciencia de un ser humano consiste en transformar sus opciones en elecciones. Pero al principio, existe la opción, no la elección.

c) Para descubrir la fuente religiosa de un hombre...

... sería importante conocer sus opciones profundas, la pendiente secreta que lo hace inclinarse en una dirección más

que en otra, que lo hace amar y creer en tal ideal en vez de tal otro. Esto sería muy importante para darnos cuenta del progreso que un hombre puede hacer a nivel religioso y para distinguir profundamente las religiones entre sí vistas no desde fuera sino desde dentro pues, de la misma manera que todos somos diferentes, también tenemos religiones muy diferentes incluso siendo todos de la misma religión. Porque nuestras religiones dependen más de las opciones fundamentales que nos hacen ser religiosos de una determinada manera que de las estructuras exteriores, convencionales o no, que se nos proponen desde fuera y a las que adherimos de una forma general. Todos somos católicos pero lo somos de forma muy diferente pues no hay dos catolicismos iguales.

Esto va extraordinariamente lejos porque estas diferencias se trasponen a nuestro propio ser. Cada vez somos más diferentes desde el punto de vista humano y desde el punto de vista espiritual, y no porque las circunstancias de nuestras vidas sean diferentes sino porque, en el fondo de nosotros, hay motores y opciones que son diferentes. Incluso en circunstancias parecidas, seríamos esencialmente diferentes. Con mayor razón lo somos al tener que atravesar circunstancias diferentes. Nuestras historias son extraordinariamente distintas hasta el punto de que podemos decir que somos extranjeros unos para otros. Somos “hermanos” por el último extremo de nuestro ser pero somos fundamentalmente diferentes por todo lo que nos afecta desde fuera, por la manera como captamos el exterior para asimilarlo y hacer que llegue a ser parte de nuestro ser.

Así pues sería extremadamente importante descubrir las opciones fundamentales de nuestra vida espiritual, las que la orientan y también las que la rechazan pues podemos decir que incluso la ausencia de vida espiritual es una cierta vida espiritual por razón de su misma ausencia.

2) *Dos opciones capitales*

Hay muchas opciones, son difíciles de descubrir y personalmente no hago más que empezar a comprender algo en este terreno. Voy a hablaros de dos opciones que parecen capitales en nuestra época y que caracterizan muy bien, en conjunto, dos direcciones que parecen tener la misma imagen exterior, que pueden expresarse quizá de la misma manera pero que, sin embargo, son radicalmente diferentes.

a) *La opción de la acción*

El hombre recibe o encuentra en su vida el gusto de vivir porque actúa. La acción es su pan cotidiano, lo que le alimenta. Si no actuara, no viviría, perdería el gusto por vivir. Actuar es vivir, no importa cómo: para algunos actuar es construir algo, para otros es cambiar de actividad, de ambiente... Espontáneamente somos más felices si nos desplazamos. Así aligeramos nuestras preocupaciones, que nos agobian cuando nos quedamos en la oficina o en el despacho. El movimiento, el desplazamiento, la acción, todo esto alimenta nuestra vida. Es una opción.

A todos nos tienta la acción, el movimiento. Nos distrae de nuestras penas, de nuestras dificultades... Así es como descansamos incluso. Puede ser agotador desplazarse pero es más relajante que estar siempre en el mismo sitio, pensado en las mismas cosas. Por tanto, ahí tenemos un movimiento general, propio de todos los seres.

Sin embargo, este movimiento puede ser, además, capital para algunos, ser una opción básica suya: vivir para actuar. No se suele decir pero si sentimos el gusto de vivir es porque actuamos. Si suprimiéramos la acción, la vida se apagaría. Nada nos ataría a ella. Esta primera opción es muy moderna. Cuántas vidas no tendrían ni sentido ni vigor si les faltara dedicarse a hacer, a construir algo.

b) La opción de ser

La segunda opción, tener el gusto de vivir para ser, es diferente de la primera pero está relacionada con ella porque, igual que todos sentimos que el actuar es necesario, para ser hay que actuar. Sin embargo, nos damos cuenta que, en la búsqueda de ser, hay algo diferente que en la búsqueda de la acción. Es necesario actuar para ser; es necesario actuar para convertirse en un ser; pero no es en absoluto necesario, cuando somos, actuar.

El hecho de sabernos mortales, de ser capaces de descubrir progresivamente la posibilidad de morir no como una posibilidad exterior y física sino como una posibilidad personalmente aceptada; aceptar ser mortal es otra cosa que saber que somos mortales; es aceptar estar un día reducido a la impotencia que impide actuar pero que permite ser.

c) Nuestras opciones son esenciales

El que permanece en el plano del actuar no tiene necesariamente, en el fondo de sí, la opción de ser. Prueba de que sólo se nutre de la opción del actuar es la desesperanza que le embarga cuando se ve abocado a la impotencia, cuando se ve inmerso en unas circunstancias en las que es imposible para él actuar en la dirección que había escogido. La desesperanza lo tienta porque le falta todo; porque la opción de ser, que debería alimentar en ese momento su existencia y darle aún el gusto de vivir no está de hecho en la base de su fervor por existir. Le falta el hacer que para él era la forma esencial de su vivir.

“¿Quién eres tú?”, tal es la pregunta que cada uno se debe hacer a partir de cierto momento de su existencia, justo en el que uno comienza a salir de su ser gregario que recibió al comienzo. Más allá de las descripciones exteriores que se nos ocurren, que nos vienen fácilmente a la mente a partir de lo que caracteriza el ser desde fuera, hay cosas más profundas.

Es probable que un progreso esencial de la conciencia consista en transformar poco a poco las opciones de base que nos son aún desconocidas, en elecciones definitivas que sean una adquisición nuestras. Pasamos así de una religión infantil a una religión de adulto.

3) Estas dos opciones son fundamentalmente diferentes

La diferencia entre la opción de acción y la opción de ser es absolutamente radical, mucho más radical que la diferencia entre la acción y el ser en lo concreto de la vida. Las opciones son radicales pero las direcciones que consideramos se compenetran continuamente. Quien es, necesariamente actúa. No hay oposición en el plano de lo práctico y de lo concreto, entre las acciones de quien tiene una opción de ser y las de quien tiene una opción de actuar.

Sin embargo, si ahondamos más allá de las apariencias y de las cosas visibles y sensibles, las opciones son fundamentalmente diferentes. Donde impera la opción del actuar, la muerte es un escándalo. Donde impera la opción de ser, la muerte es una maduración. La muerte “asumida” es esencial a nuestra humanidad. Cuando el hombre no es capaz de morir así, permanece en un nivel animal, como de quien se ve inmediatamente sobrecogido por las cosas que le llegan de fuera y queda, por así decir, hipnotizado por ellas puesto que no ha interpuesto una cierta distancia entre lo que es y lo que le sucede, de suerte que lo que le sucede le engulle.

A nivel práctico, hay una intercomunicación constante entre la opción de actuar y la de ser. Quien cree tener una opción de ser y por eso no actúa se equivoca: su opción no es verdadera sino sólo cerebral. Las opciones permanecen escondidas en su profundidad. Tomamos conciencia de ellas poco a poco, sin agotarlas nunca. Las consecuencias prácticas de ambas están tan compenetradas que es imposible deducir, de la vida de un hombre vista desde el exterior, si hay real-

mente en él, para alimentar su fervor, una opción hacia el ser o, por el contrario, si hay únicamente una opción hacia la acción. Es tanto más difícil de ver esta diferencia por cuanto la opción de actuar segrega un pensamiento, una doctrina y una construcción intelectual que parecen completar la carencia secreta que la opción por actuar mantiene, a pesar de todo, en el corazón de quien está más poseído por ella.

4) *La ideología*

a) *La ideología de la opción de actuar*

Cuando un hombre se alimenta de esta opción de actuar, es necesario que justifique a sus propios ojos esa acción que es indispensable para el fervor de su vida. Por el hecho de que el hombre es un ser que conoce, tiene necesidad de justificar; necesita encontrar una doctrina que justifique ante él, desde fuera, esta opción fundamental de la acción. Esta opción está en mí desde hace mucho tiempo pero necesito legitimarla a medida que tomo consciencia de ella pues necesito legitimar mi vida y no solamente soportarla. Necesito de una cierta absolución. Así tendré en mi mente una construcción intelectual que justifique ante mis ojos este gusto apasionado de construir que, si me faltara, suprimiría todas mis razones para vivir.

Esto es lo que yo llamaría “ideología”: una teoría intelectual, una visión de las cosas, una comprensión de la vida, una filosofía de la existencia, una cosmología... en fin, todo lo que queráis, pero que viene del exterior a justificar, explicar y orientar la acción que es necesaria para mí, sin la que mi vida misma perdería su sentido. Lo que da un sentido a mi vida, realmente, es la opción de base pero lo que parece desde el exterior darle un sentido y que no hace más que confirmar ese sentido y justificarlo ante mí, es esa ideología. La ideología reviste formas diferentes, desde las más ateas hasta las más religiosas.

b) La ideología de la opción del ser

Ésta es infinitamente más difícil de concebir y de precisar. La opción de ser está mucho más escondida que la opción de hacer porque la acción de ser incita a hacer, no a hacer por hacer sino por ser, de forma que, al principio, desde el punto de vista del resultado práctico, no hay ninguna diferencia entre las dos opciones. Pero la opción de ser va mucho más lejos puesto que soporta la muerte.

En el caso de la opción de ser, habrá en ella también una especie de elaboración intelectual que se dará y que tratará de justificar esta opción como la ideología de la acción trata de justificar la opción del hacer. Me explico. Podemos concebir una opción del ser y justificarla haciéndonos una idea de lo que es el ser realmente, una idea positiva, constructiva del mismo. Por ejemplo, en esta concepción, ser puede ser llegar a un estadio de la vida en el que dominemos las circunstancias porque sabemos soportarlas, porque sabemos cómo hay que actuar pues recibimos de la mano de Dios lo que Él nos da; ser es ser obediente y mantenerse erguido cuando el peso de la vida tiende a doblegarnos. Todo esto es ser más allá de los acontecimientos, es interponer una cierta distancia entre lo que sucede y lo que somos, de manera que el vértigo y el miedo —que es el lote de quienes están completamente sumergidos por lo que les sucede— ya no puede alcanzarnos realmente.

Así, ser será estar totalmente en manos de Dios, ser capaz de saber que Dios es nuestro padre, saber un poco lo que es Dios, tener una concepción de Dios y de la vida que tenga un elemento definitivo, que no sea únicamente una búsqueda sino un acervo que por cierto puede crecer, una base sólida sobre la que podemos, poco a poco, edificar... En esta tendencia, que surge de la opción del ser, habrá una propensión hacia una construcción intelectual, hacia una ideología.

Todo esto no es muy claro y por eso voy a decirlo de una forma menos abstracta: se trata del creyente que, por ejemplo, sabe exactamente qué es la eternidad, que sabe que se encontrará con los suyos después de la muerte, que sabe que la Iglesia no cambiará porque es eterna y porque “las fuerzas del infierno no prevalecerán contra ella”. Se trata del creyente que sabe y que, porque sabe, se siente en un cierto ser. Creo que esta manera de hacer las cosas es una desviación de la opción del ser, que así no se alcanza el verdadero ser sino un ser que imaginamos que es.

Esta opción se pone en lo concreto pero, a medida que lo hace, pierde su originalidad. No hay apenas distancia entre la opción de base del hacer y la opción de base del ser cuando el ser sabe concretamente en qué se concreta porque, entonces, éste se paraliza. Aunque no se paralice, hay una construcción que lo limita a la dimensión de su propia imaginación, de sus propias creencias. Es una limitación totalmente a la dimensión de la propia imaginación, de las propias creencias. Se trata de una limitación completamente semejante a la que la opción del hacer impone a quien hace. La acción limita como la teoría.

5) La fe es una opción al nivel del ser

Esto, no lo pongo aún en el nivel de la fe. Lo pongo en el nivel de una cosmología, de una concepción de la existencia, de una teología... algo neto y claro, comprensible, limitado, satisfactorio, en cierta forma, para el espíritu pero incapaz de hacer profundizar al espíritu hasta el punto de hacerlo ir más allá de lo que sus propias fuerzas le permiten hacer. Es una llamada hacia un crecimiento pero no es una llamada hacia ese sobrecrecimiento que hace que el hombre vaya más allá de lo que puede realizar. Estamos aún en el plano de una ideología que puede ser más específicamente religiosa que la precedente pero que, en mi vocabulario, permanece aún en el plano de la ideología.

a) *“La ignorancia adquirida”*

La fe, en mi opinión, sólo es posible, en su realidad estrictamente pura, para aquél a quien mueve la opción del ser y que, por eso, rechaza darse a sí mismo una doctrina sobre dicha opción que pretenda explicarla exhaustivamente en lo intelectual. Por el contrario, para este ser a quien mueve esta opción del ser, el conocimiento no es tanto el hecho de conocer sino el de saber que no puede conocer, el de saber que simplemente no conoce. El más alto conocimiento del hombre es su ignorancia, lo que yo llamo a menudo “la ignorancia adquirida” o “la ignorancia absoluta”. Esta ignorancia no es la consecuencia de una ignorar gregario sino el fruto de una actividad intelectual impulsada a su más alta cima en unión con la opción de ser que la nutre y que le permite llegar hasta ahí. Saber que no conocemos no nutre como nutren los alimentos humanos, o como lo hace el conocimiento que conocemos o la acción que hacemos. Pero, como la opción de ser es la que nutre dicha ignorancia, ella es originalmente humana y totalmente diferente de la ideología.

b) *La diferencia esencial entre la ideología y la fe*

La fe es la actitud interior, intelectual que impulsa al hombre a saber que lo esencial de su conocimiento es saber que no puede conocer, que lo esencial de su potencia es saber que él no puede hacer. Es incapaz a nivel de lo esencial pero esta impotencia suya es el fruto de su opción de ser. Ser es conocer que él no es.

Es algo singular: en la lengua hay yo no sé qué metafísica subyacente que hace que los términos se correspondan casi sin quererlo por no sé que intuición extrema. Ser, es “co-nacer” (co-naître en francés). Conociendo que no somos es como somos en nuestra propia originalidad. Ahí está la tendencia profunda, secreta, escondida, inicial, que está en el origen de determinadas vidas y que nutre su fervor. Dicho fervor

es evidentemente mucho menos inmediatamente sensible que el precedente, el del obrar, pero no olvidemos que la opción de ser no excluye el hacer y, a través del hacer y porque va más allá de él, hay un fervor sensible que da, a aquél cuya opción esencial es la de ser, un gusto de vivir muy semejante a aquél que puede conocer, al menos al principio, es decir, antes de los fracasos de base, aquél cuya opción de base es una opción del hacer.

c) La fe en sentido general

La fe de la que hablo es aún una fe en un sentido general, no es una fe cristiana. Estaría más marcada por lo que niega que por lo que afirma. Conocer que no podemos conocer sería una determinada forma de agnosticismo, diferente del agnosticismo clásico pues no es un agnosticismo satisfecho. Hay un agnosticismo que es una dispensa de buscar porque buscar no presenta ningún interés. El tipo de agnosticismo que surge como decimos de la fe es más positivo, consiste en darse cuenta de que la mayor dignidad que podemos tener es saber que nosotros no somos. Somos cuando sabemos que somos impotentes no por una falta técnica sino por esencia.

Creo que la adoración de Dios, que normalmente se alcanza por algún tipo de postración parecida a las que pueden hacerse ante las potencias de este mundo y que necesitan una forma muy antropomórfica y por tanto muy alejada de la realidad, se encuentra infinitamente mejor descrita en la actitud interior de aquél que, a través del esfuerzo extremo de su conocimiento, llega a saber que no puede conocer, que no puede alcanzarse en lo esencial. Allí donde el hombre se descubre en su propia realidad, es donde es más adorante y más él mismo. Se necesita una extraña potencia en la opción de ser para poder llevar esta lucidez sin desesperanza, sabiendo lo que uno es sin aceptar no ser. Esto todavía no es del todo la fe cristiana pero aquí es donde interviene, a mi entender, la fe en Jesús.

d) La fe cristiana

Jesús es, precisamente, aquél cuya presencia humana permite que asumamos este conocimiento porque él mismo lo asumió en grado extremo pues fue, esencialmente, quien quiso hacer algo y no lo hizo. No pudo cambiar el mundo. Lo cambió mucho pero fue después de su muerte y lo cambió por su fe, y es un cambio que apenas está empezando. Lo suyo es algo de una dimensión totalmente superior, diferente, sin comparación con las dimensiones de una historia cualquiera, normal. Fue quien fue impotente para conocer lo que debía hacerse, que era lo esencial. Y él lo supo. Por encima incluso de lo que fue a los ojos de Dios, él es el maestro, el camino por el que cada uno debe llegar, en la medida en que es adulto, a pasar por la “puerta estrecha” por la cual debemos pasar para alcanzar el ser que estamos llamados a devenir. La fe cristiana introduce esencialmente a Jesús. La fe general lo exige, por así decir, pues haría falta una llamada extraordinaria hacia el ser para que esta opción hacia el ser fuera capaz de hacer que el hombre se mantuviera en pie a la hora de las revelaciones últimas, es decir, donde sabe que no puede realmente conocer lo esencial, donde ve que no puede realizar lo que es esencial para que su vida tenga su sentido.

6) La ideología y la fe repercuten en el ser humano

Ya veis la diferencia fundamental entre la ideología y la fe. Voy a encontrar un eco de esta diferencia en las reacciones que la ideología y la fe pueden tener en el hombre.

a) La ideología forma al hombre desde fuera

Es cierto que, cuando tenemos un ideal, una humanidad que construir como la del ideal comunista o un ideal como el de Teilhard, de construir un mundo cada vez más abierto y permeable al espíritu..., dicho ideal tiene una influencia real, transforma al sujeto que actúa en ese sentido, pero sólo indi-

rectamente pues no es por ser más generoso por lo que se entrega a la acción sino que es porque se entrega a la obra por lo que se vuelve más generoso. La acción lo forma, le da no sólo la posibilidad de ser generoso sino que le exige serlo. En estos ejemplos no hay ningún elemento religioso, la obra es la que forma al hombre porque le exige una entrega, una generosidad y una abnegación sin las que dicha obra perecería.

La ideología es buena para formar al hombre indirectamente, desde fuera. Será generoso en la medida en que sea necesario serlo. Será pobre en la medida en que sea necesario serlo. La pobreza y la generosidad no son sino medios exigidos por la acción. Las virtudes que no son visible e inmediatamente necesarias para la acción no son virtudes a este nivel. En la medida en que no sirven para la acción, son debilitadas, son defectos. Lo que es eficaz se torna virtuoso pero lo que no es eficaz para actuar se torna en un defecto. Todo lo que significa someterse a las condiciones de la existencia, a la muerte, a la enfermedad, a las miserias que provienen de las condiciones sociológicas en que nos encontramos, todo esto se considera cobardía, formas de sustraerse al combate. Luchamos, actuamos y sólo podemos actuar para construir; todo lo que no está orientado a la construcción es debilidad.

Por consiguiente, no hay ninguna preparación de cara a la eminente dignidad que todos tenemos de ser capaces de portar nuestra muerte. La muerte es un sin sentido. No hay que pensar en la muerte pues pensar en ella es arrebatarle al hombre sus posibilidades de actuar de verdad. En cuanto aparece la muerte y su espectro detrás de la acción que hacemos, la palabra que viene a la mente espontáneamente, a aquél que no tiene la opción de ser, es: “¿Para qué?”. Esta pregunta es lo que más amenaza al mundo pues, en la medida en que sea más consciente de ello, quien más lanzado esté en la construcción, tras haber fracasado, se preguntará: “¿Para qué?”. Por eso hay tanto pesimismo al final de la

existencia de las personas, porque la acción los abandona y no tienen nada de aquello que hay que tener para ser realmente. El pesimismo les invade por no haber sido más que personas activas. Hay muchas muertes trágicas y que no son ninguna “culminación”.

b) La fe concierne al devenir del hombre

Por el contrario, la fe, tal como la he definido, la fe cristiana o la fe en general pues la fe raramente puede elevarse al nivel que indico sin que la haya socorrido la presencia de alguien que ya ha pasado por lo mismo; la fe no va en absoluto en contra de los beneficios que puede dar la opción del hacer dado que quien tiene la fe debe actuar. Pero lo capital para éste, aunque actúe como el otro, no es tanto lo que hace cuanto lo que él llega a ser; lo que es capital para él es lo que él deviene, lo que él va llegando a ser. Actúa para llegar a ser y no por una ideología que justifique desde fuera el resultado de su acción. Quien actúa para llegar a ser va más allá de quien actúa para construir. Tan es así que nada lo puede destruir. La muerte misma sólo es una culminación; no es la interrupción brutal de una acción.

c) Ideología y fe se confunden a menudo

En nuestra época, muchos creen tener fe y no tienen más que ideología. La distinción entre ideología y fe es abstracta. Si hablamos en concreto, en cada uno de nosotros hay ideología y hay fe. Toda una parte de nuestra fe está, al principio, envuelta de ideología. A menudo caminamos hacia la fe a través de la ideología y hasta el final de nuestra vida habrá ideología en nuestra fe. Afirmar que lo único que podemos conocer realmente es que no podemos conocer es, pese a todo, invivible en una pureza total. Siempre hay un cierto positivo ideológico que, por así decir, viene a envolver, como los pañales, la afirmación que debería ser de base. Por consiguiente, hay una compenetración continua entre ideología y fe. Sin

embargo, en muchos casos quizá, los pañales, tras haber cuidado al niño, lo ahogan. Somos cada vez más ideólogos porque no hemos logrado desligar nuestra fe de la ideología.

En la época que atravesamos, toda nuestra sociedad fomenta más la conservación y la construcción de ideologías que la fe. La sociedad actúa sobre los individuos sólo en función de sí misma. Lo que necesita es hacernos actuar. No puede tener un ideal otro que ideológico mientras que sólo el individuo es quien puede portar la fe. No hay que extrañarse de que una sociedad, cuanto más poderosa y estructurada, tanto más fomente la ideología. Podemos desligarnos de la ideología y alcanzar la fe por medio de un movimiento interior al que no favorece lo social. La fe es esencialmente fruto de una fidelidad interior, mucho más que la consecuencia de una presión sociológica; en absoluto es la consecuencia de una presión sociológica.

7) Las supersticiones son la forma degradada de la ideología y de la fe

En toda persona hay superstición, ya sea movido en parte o completamente por la ideología o en parte por la fe. Esta superstición es la forma degradada, espontánea, automática de la ideología y de la fe. Por el hecho de que detrás de nosotros hay miles de años de superstición en estado bruto, hay tendencias, reacciones, movimientos apenas refrenados que nos arrastran. Hay reacciones que dominamos y otras que no y que entran en lo explícito aceptado por cada uno.

He aquí unos ejemplos. Pienso en una familia que se ha constituido de manera un poco irregular. Luego, todo se ha ido normalizado y regularizando pero, al principio, aquello cojebaba por los dos lados. Llega una desgracia, un niño que no llega a nacer. Espontáneamente los padres dicen que es un castigo. Ya tenemos una superstición. En la Biblia, cuando los profetas atribuyen las desgracias de Israel a sus infidelidades,

responden a una tendencia espontánea a la superstición. Cuántas veces he oído decir que la guerra se debía a la ley del divorcio. Una señora vino aquí con sus dos hijas y explicó que los acontecimientos desgraciados que ocurrían eran consecuencia del control y de la limitación de los nacimientos. Es otra superstición, que atribuye a una extraña potencia el poder de castigar o de recompensar. Un año en que tuve una hermosa cosecha, Matthieu, el granjero de más abajo, me dijo que Dios me había bendecido. Es del mismo estilo. Positivo o negativo, esto es superstición. Todos reflejamos supersticiones de este tipo en nuestro vocabulario pero también las hay en nuestras convicciones secretas, que nos mueven y deciden a hacer o a no hacer tal o tal cosa.

La superstición es la espuma tanto de la ideología como de la fe. Igual que la ideología es parte de los pañales necesarios de la fe, también la superstición, al principio y durante mucho tiempo, es indispensable, en gran medida, para que la fe se desarrolle. Por eso la Iglesia es tan poco severa con las supersticiones. No digo que las multiplique, pero las preserva cuidadosamente. En nuestros misales encontramos todo tipo de cosas, en particular los santos a los que hay que rezar en cada una de las diferentes enfermedades que nos pueden acechar. Hemos conservado muchas cosas sin saber que eran supersticiones.

Creo que hay que desprenderse de todo esto poco a poco. No sólo de las supersticiones sino de la ideología. El espíritu científico, en algunos aspectos, nos ayuda en esto, pero cultiva la ideología pues todas las aportaciones de las técnicas y de las ciencias alimentan, más que critican, la superstición. Lo único que puede criticar la ideología es el ser, el individuo que se busca y se descubre en su originalidad. La ciencia no hará nunca esto porque no es su objetivo.

Aunque ahora ya no estamos amenazados por una oleada desbordante de supersticiones, la ideología, por el contrario,

está creciendo. Muchos están en el nivel de la ideología, la confunden con la fe y no llegan a ser adultos en el sentido real del término porque en la ideología hay una creencia beata que no se conoce en la fe. Donde hay ideología, hay, en el fondo, posesión. No es posible el sectarismo sin ideología. Donde hay fe, no hay sectarismo. Hay, pues, diferencias existenciales considerables entre la fe y la ideología.

* * *

[– Preguntas-Respuestas, tras la sesión –]

1. La muerte

– Usted ha dicho que un ser movido por la opción del ser acepta la muerte e incluso ve en ella una especie de coronamiento. No es fácil comprender que precisamente quien ama el ser pueda aceptar la muerte. Hay ahí una paradoja aparente.

ML: Una paradoja aparente porque el término "ser" no tiene igual significación en un caso y en otro. Si ponemos la muerte en el plano del no-ser, el escándalo es total. Pero justo lo que me parece característico de un ser es su poder de irradiación. Pero entonces, ¿cuál es el momento en el que un hombre verdaderamente hombre tiene más poder de irradiación que el momento en el que muere? Junto al muriente que muere honrando su humanidad, se da una irradiación que en vida no hubiera podido irradiar porque sólo en ese momento porta, en su plenitud, esa pobreza esencial que es la base de la posibilidad de dar realmente a otros. Donde hay pobreza esencial, hay don; don recibibile sin rechazo, por dentro, sin daño de la libertad del otro. Ese don es una llamada. La pobreza libera el ser y lo manifiesta. Pero la pobreza, no la miseria pues la miseria aplasta.

– Una muerte esperada como entrada en el ser, en el ser de Dios.

ML: A condición de que no haya ninguna representación espacial.

– Lo cual es del orden de la nada que es ausencia de todo lo que puede ser sensible y no es la nada radical.

ML: Estaría de acuerdo. Precisaría que este encuentro extremadamente especial no enriquece, es decir, que se es esencialmente pobre en él aun cuando uno va a un encuentro nupcial, por emplear una imagen bíblica. En cuanto las nupcias enriquecen al implicado, lo estropeamos todo. A falta de una vitalidad espiritual excepcional, la imaginación tiende a enriquecer y a suplantar el vacío que sólo puede ser fuente verdadera de ser si se percibe y se acepta como tal. Por eso la devoción es una degeneración de la religión en la medida en la que llena el agujero. El agujero es lo que hay que mirar.

2. La ignorancia adquirida

La ignorancia técnica es una ignorancia pasajera. La "ignorancia adquirida" es otra cosa, es una ignorancia esencial. Hasta hace poco, los hombres no habíamos superado la "barrera del sonido". Nuestra ignorancia respecto de lo que había tras la barrera del sonido era una ignorancia técnica. Todo lo que hoy he dicho sería falso si la "barrera de la muerte" fuera como la barrera del sonido. Si un día pudiera haber gente que pudiera atravesar la barrera de la muerte, todo lo que os he dicho hoy es fantasía. Si, por el contrario, la barrera de la muerte es un muro que no podemos atravesar no porque aún no sabemos cómo hacerlo sino porque no podemos hacerlo como humanos, en el preciso momento en que pensamos esto estamos en la "ignorancia adquirida". La diferencia entre ambas ignorancias es fundamental. Una es completa, absoluta y afecta al ser del hombre. La otra sólo atañe a su hacer.